

falso. Esto me da ocasión y derecho para decir de una vez, abiertamente, que los espíritus realmente superiores y privilegiados, que nacen á largos intervalos, para iluminar al mundo, y al número de los cuales pertenece Bichat, son grandes «por la gracia de Dios» y se parecen á los «ilustres colegas» que forman las Academias (donde aquellos otros no suelen ocupar más que el sillón 41), como los príncipes de la sangre se parecen á los numerosos representantes del pueblo, elegidos de entre la multitud. Un secreto pudor debería advertir á los señores académicos (los hay á hornadas, de los que aludo) que no se metieran con hombres semejantes, sin poseer antes razones de las más sólidas que oponerles y no meras afirmaciones en contrario. Invocar los *placita* de Descartes como argumento, en nuestros días, es de lo más ridículo que puede imaginarse.

CAPITULO XXI

OJEADA RETROSPECTIVA Y REFLEXIÓN MÁS GENERAL

Si la inteligencia no fuese de naturaleza secundaria, como hemos visto en los dos capítulos anteriores, sería imposible que todo cuanto se efectúa sin ella, es decir, sin que intervenga la representación, como, por ejemplo, la procreación, el desarrollo y conservación del organismo, la curación de las lesiones, la regeneración ó la restauración parcial de las partes lesionadas, las crisis saludables en las enfermedades, las obras de la industria de los animales, y, en general, los productos del instinto, sería imposible, repito, que todo esto resultase infinitamente mejor hecho y más acabado que cuanto ejecuta el intelecto; más perfecto que todas las obras y todas las creaciones conscientes y deliberadas de los hombres, las cuales, comparadas con aquellas otras, parecen trabajos de un colegial. La palabra *Naturaleza*, en general, expresa todo lo que obra, todo lo que se desenvuelve, todo lo que se crea sin intervención de la inteligencia. Todo el libro segundo de esta obra, así como mi tratado *De la Voluntad en la Naturaleza*, tienen por principal asunto mostrar que esto es idéntico á la voluntad. La posibilidad de convencernos de ello viene de que la inteligencia en forma de conciencia individual nos lo muestra in-

mediata y claramente en nosotros mismos; sin esto no lo habríamos sabido jamás, ni por nosotros mismos ni por las cosas exteriores y tropezaríamos constantemente con fuerzas naturales incomprensibles. Debemos hacer abstracción mentalmente de este concurso de la inteligencia, cuando queremos llegar á la esencia íntima de la voluntad en sí, á fin de penetrar por ahí, hasta donde es posible, en lo más profundo de la naturaleza.

Dicho sea de pasada, mi antípoda directo es el filósofo Anaxágoras, que había admitido arbitrariamente que el principio primero, el origen universal de las cosas es el *νοος*, la inteligencia, el conocimiento; pasa este filósofo por haber sido el primero que sentó dicha teoría. Según él, el mundo existió en la percepción antes de existir en sí, mientras que, á mi juicio, la voluntad inconsciente es la que ha producido el mundo real, cuyo desenvolvimiento ha tenido que progresar por mucho tiempo antes de llegar en la conciencia animal á la percepción y á la inteligencia, de manera que en mi doctrina el pensamiento surge al final. Parece, según el testimonio de Aristóteles (*Metafísica*, I, 4), que el mismo Anaxágoras no pudo sacar partido alguno de su *νοος*; no hizo más que proponerlo, y lo dejó plantado como una imagen á la entrada de un santuario, sin hacer el menor uso de él en sus explicaciones de la naturaleza, salvo en algunos casos apurados que no sabía cómo resolver. Toda *Físico-Teología* no es más que el desenvolvimiento de ese error, que consiste en admitir que el modo más perfecto de formación del mundo es el debido á la intervención de una inteligencia. Todo sistema de este género es un impedimento absoluto para un estudio profundo de la naturaleza.

Desde Sócrates hasta nuestros días, lo que forma el objeto principal de las interminables discusiones filosóficas, es el ente de razón denominado *alma*. Vemos á la mayor parte de los filósofos afirmar su inmortalidad, lo cual significa su esencia metafísica, pero hay otros que apoyándose en los hechos que establecen irrefutablemente que el intelecto se halla bajo la dependencia absoluta de órganos materiales, no cesan de afirmar lo contrario. El alma ha sido considerada por todos y ante todo como absolutamente simple, pues de ahí es de donde se sacaba la prueba de su ser metafísico, de su inmaterialidad y de su inmortalidad, aunque ésto no sea en manera alguna una consecuencia necesaria de aquéllo. En efecto, aunque no podemos concebir la destrucción de un ser corporal más que por la descomposición de sus elementos, no se sigue de ahí que un ser simple no pueda aniquilarse de alguna otra manera, v. gr., por decrecimiento gradual. El punto de partida de mi doctrina consiste en descartar esta hipótesis de la simplicidad del ser subjetivamente consciente, del yo, mostrando que las manifestaciones de las cuales se deducía esta simplicidad provienen de dos fuentes muy diferentes. Demuestro que la *inteligencia* es de naturaleza física, que es la función de un órgano material del cual depende, y sin el cual es tan imposible conocer como lo es coger una cosa sin manos, y que, por consiguiente, pertenece al mundo de los fenómenos, de cuya condición participa; sienta, por otra parte, que la voluntad no está ligada á ningún órgano especial, que está presente en todas partes, que en todas partes es el motor y el creador verdadero, y que es, por consiguiente, la condición de todo el organismo; que ella es de hecho el substratum metafísico del fenómeno en general; que le ha prece-

dido en vez de seguirle como la inteligencia, y que, por tanto, el fenómeno depende de la voluntad y no ésta del fenómeno. El cuerpo mismo resulta una simple representación, pues no es más que la manera especial con que la voluntad se manifiesta en la intuición del intelecto ó en el cerebro.

La voluntad, que en todos los sistemas anteriores al mío, por diferentes que sean entre sí en lo demás, es considerada como uno de los últimos resultados, es para mí el primero de todos. No es la voluntad, sino la inteligencia lo que el cuerpo arrastra consigo en su destrucción, puesto que la inteligencia no es más que una función del cerebro. Esta heterogeneidad de la voluntad y la inteligencia, así como la naturaleza secundaria de la última, explican cómo el hombre se siente eterno é indestructible en el fondo de su conciencia individual, y, sin embargo, no conserva reminiscencia alguna del más allá de la vida, ni *a parte ante*, ni *a parte post*. No quiero anticipar aquí el pasaje del cuarto libro en que trato de la indestructibilidad real de nuestro ser, pues mi propósito se limita ahora á precisar el punto con el cual se relaciona aquel estudio.

Cuando llamo al cuerpo una mera representación, el concepto es sin duda incompleto, aunque desde mi punto de vista sea perfectamente justificado; depende esto de que una existencia extensa en el espacio, mudable en el tiempo y sometida rigurosamente á las leyes de la causalidad, sólo es posible en la *representación*, pues esas condiciones de espacio, de tiempo y de causalidad sólo se dan en las formas del conocimiento, ó sea en el cerebro; allí es donde una existencia tal puede aparecer objetivamente, es decir, como un cuerpo extraño. Por eso nuestro propio

cuerpo no puede existir en tales condiciones mas que en una inteligencia, en un cerebro. No conocemos nuestro cuerpo con las cualidades de extensión y mutabilidad más que de una manera *mediata*; es una imagen que se forma en nuestro cerebro con ayuda de los sentidos y del entendimiento. Sólo conocemos *inmediatamente* nuestro cuerpo por la acción muscular y por el sentimiento del dolor ó del bienestar, que pertenecen ante todo y directamente á la voluntad.

Relacionando la una con la otra esas dos maneras diferentes de conocer nuestro propio cuerpo, se llega seguidamente á concebir que aunque todos los demás objetos poseen igualmente la misma existencia objetiva que sólo es posible en el cerebro, no se sigue de ahí que fuera del cerebro carezcan de existencia en absoluto, sino que *en sí* deben de ser idénticos á lo que la conciencia individual nos muestra como voluntad.